

LIBROS

44

LETRAS LIBRES
JUNIO 2018

Juan Pablo Fusi

• ESPACIOS DE LIBERTAD.
LA CULTURA ESPAÑOLA BAJO EL
FRANQUISMO Y LA REINVENCIÓN
DE LA DEMOCRACIA (1960-1990)

Angelika Schrobsdorff

• HOMBRES

Timothy Snyder

• THE ROAD TO UNFREEDOM:
RUSSIA, EUROPE, AMERICA

Camille Bordas

• CÓMO COMPORTARSE
EN LA MULTITUD

Llucia Ramis

• LAS POSESIONES

Ismael Grasa

• LA HAZAÑA SECRETA



ENSAYO

Cultura y democracia



Juan Pablo Fusi

ESPACIOS DE
LIBERTAD. LA
CULTURA ESPAÑOLA
BAJO EL FRANQUISMO
Y LA REINVENCIÓN DE
LA DEMOCRACIA
(1960-1990)

Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2017,
183 pp.

JORDI CANAL

La cronología de los acontecimientos y procesos culturales, económicos o sociales no coincide, ni siempre ni necesariamente, con las de los políticos. El final del franquismo en España y la Transición democrática constituyen una buena muestra de estas desemejanzas. La erosión política del régimen dictatorial, a partir de la década de 1960, es mucho menor que la que afecta a la sociedad, a la economía y a la cultura. La transición política de la dictadura a la democracia pasa, necesariamente, por la muerte de Francisco Franco y la instauración monárquica en la persona de Juan Carlos I. En

cambio, otras transiciones empezaron antes y acabaron favoreciendo, en su momento, la consolidación de una sociedad abierta. La década de 1960 supuso la auténtica salida de la larga posguerra iniciada en 1939 y el principio de un conjunto de cambios económicos—los planes de estabilización de 1959 como referencia inevitable—, demográficos, generacionales y culturales, en el sentido amplio de la palabra, desde la relajación moral al consumismo, que se encuentran en los fundamentos de la España actual.

De transiciones antes de la Transición trata el último libro de Juan Pablo Fusi, titulado *Espacios de libertad. La cultura española bajo el franquismo y la reinvencción de la democracia (1960-1990)*. Asegura este historiador, profesor durante muchos años en la Universidad Complutense de Madrid y exdirector de la Biblioteca Nacional, que la cultura española hizo su pretransición diez o quince años antes de la muerte de Francisco Franco. Los cambios en lo cultural contribuyeron, junto a otras muchas razones, a explicar que el franquismo no resistiera la muerte del dictador. La cultura y el pensamiento español se habían situado, sostiene, en “un horizonte moral e ideológico radicalmente distanciado del franquismo”; habían recuperado, en algún modo, el pulso de la modernidad. Fusi lo demuestra con erudición y argumentos convincentes en esta obra. Se trata, en lo esencial, del discurso que el autor leyó en el acto de su recepción en la Real Academia de la Historia, el 13 de diciembre de 2015. Había sido elegido miembro de número, en noviembre de 2014, en sustitución del fallecido Gonzalo Anes, que dejó vacante la medalla número 15. El discurso fue contestado por Carmen Iglesias, directora de la institución.

No se trata, como advierte el autor en las primeras páginas, de una historia de la cultura española en las décadas de 1960, 1970 y 1980. En este sentido, estamos ante un libro sustancialmente distinto de *Un siglo de España. La cultura*, que Juan Pablo Fusi dio a la luz en 1999. En este caso, el objeto de estudio resulta nítidamente definido: analizar cómo el pensamiento y la cultura españolas (desde la literatura hasta el arte, pasando por la historiografía, las ciencias sociales y el ensayo) “fueron replanteándose en aquellos años la realidad problemática del país; y cómo fueron creando, al hilo de ello, nuevos lenguajes para repensarlo, y para, por extensión, reinventar la democracia”. Abre el estudio, a manera de prehistoria, una introducción dedicada a la posguerra y el primer franquismo (“La posguerra como circunstancia”). Las circunstancias de José Ortega y Gasset, uno de los principales intelectuales de la época y exiliado como consecuencia de la Guerra Civil española, sirven como resumen de esta etapa: el filósofo no tenía lugar en aquella España. Su regreso, a finales de los años cuarenta, lo puso claramente de manifiesto.

Las cosas cambiaron, sin embargo, a partir de mediados de la década siguiente. El punto de arranque de la reflexión de Juan Pablo Fusi son las afirmaciones hechas por el filósofo Julián Marías, en varios de sus escritos de los primeros años de la década de 1960, sobre la existencia en España, en aquel entonces, de una “florecente vida intelectual”. Algunas matizaciones se podían hacer, pero la esencia del argumento era cierta. La vida cultural de posguerra había sido superada y en este campo los cambios estaban resultando notables. A pesar

de la censura, algunos intelectuales habían conquistado para sí espacios de libertad, desde editoriales a revistas, pasando por galerías de arte y alguna que otra cátedra universitaria. La lista de nombres propios es larga. También las culturas regionales estaban resurgiendo (Pla, Espriu, Aresti, Oteiza, Chillida, la *Nova cançó*, etc.). El futuro había empezado y la cultura española se instalaba, en los años 1960-1970, en palabras del autor, en “un horizonte cultural renovado, recobrado, crecientemente plural”. Las maneras de pensar España se transformaron profundamente, gracias sobre todo al desarrollo de las ciencias sociales y la renovación historiográfica —el papel de los discípulos de Ortega o de Maravall, Vicens Vives, Artola, Domínguez Ortiz y tantos otros fue decisivo—. Pensar España era, a finales del franquismo, en buena medida, pensar la democracia.

Algunas cuestiones recurrentes destacan en el fondo del pensamiento de aquellos años: la progresiva contradicción entre la España oficial del franquismo y la España real, los problemas del mal desarrollo hispánico, la articulación de España como nación, las reconciliaciones y la reinención de la democracia. Esta última estaba, en cualquier caso, en el centro de todas las reflexiones. Del dilema monarquía-república de otros tiempos se pasaba, ahora, a la alternativa entre continuismo o democracia. Era necesario preparar, como aseguraba Julián Marías —el personaje clave del libro de Fusi que estamos reseñando—, el pluralismo. La distancia entre la cultura española de la época y el régimen era enorme. La cultura iba a ser, como fuerza democratizadora y europeizadora, un elemento importante a la hora de frenar toda perpetuación del franquismo

después de Franco. La cultura española había hecho su pretransición, como asegura Juan Pablo Fusi en este interesante libro, diez o quince años antes de la muerte de Francisco Franco. La reinención de la democracia en España fue, sin duda, una cuestión política, pero por encima de todo una reinención del pensamiento. —

JORDI CANAL (Olot, 1964), es historiador y profesor en la EHESS (París). Su último libro publicado es *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña* (Barcelona, Península, 2018).



NOVELA

El egoísmo familiar



Angelika Schrobsdorff
HOMBRES
Traducción
de Joaquín de Aguilera
Madrid, Errata Naturae
& Periférica, 2018,
576 pp.

CARMEN LÓPEZ

El nombre de Angelika Schrobsdorff (Friburgo, 1927) se hizo famoso en España en 2016, cuando Periférica y Errata Naturae publicaron de la mano *Tú no eres como otras madres*, una biografía novelada de su progenitora. El libro, que vio la luz por primera vez en Alemania en 1992, fue todo un éxito tanto allí como aquí. Las mismas editoriales han rescatado ahora *Hombres*, la novela autobiográfica que escribió en 1961 y que fue su primera obra. Aún quedan ocho novelas y dos libros de cuentos que traducir al castellano.

La estructura y el estilo de ambos son similares e incluso llegan a coincidir en el tiempo aunque profundizan en diferentes historias. Para la parte más complicada —comprender cómo había sido su madre

como mujer más allá de lo que ella había podido intuir— contactó con los pocos conocidos aún vivos de su progenitora y recopiló todas las cartas y documentos que no habían desaparecido con los vaivenes de la vida.

En *Tú no eres como otras madres*, la autora mantiene los nombres auténticos de los protagonistas —no como en *Hombres*, en donde echa mano de su *alter ego* Eveline Clausen— entre los que indefectiblemente aparece ella misma. La escritora opera como narradora omnipresente al contar ciertos episodios de la vida de Else, su madre, pero en ocasiones da un salto a la primera persona para explicar cómo le afectaron a ella esos sucesos. La voz de la verdadera protagonista solo aparece en primera persona en las cartas que escribe.

El escenario de la historia es perfecto para componer una novela de impacto. La primera mitad del siglo xx en Europa fue tan trágica y horrible que cualquiera que lo haya vivido tendrá un relato tremendo que contar. El caso de Else puede resumirse en una caída en picado de la comodidad más egoísta a la desgracia casi absoluta.

Hija de judíos acomodados, su condición religiosa siempre estuvo por debajo de su arraigo en Alemania y no tuvo demasiados reparos a la hora de cambiar de credo, algo que fue muy beneficioso para ella. Su infancia fue feliz y durante su juventud se dedicó a vivir con júbilo los años veinte, a gozar del amor y el erotismo con libertad y a codearse con las élites culturales de la burbujeante capital alemana. Sus tres hijos, Peter, Bettina y Angelika —cada uno de diferente padre— y un amplio grupo de amigos fueron los mejores frutos de aquellos tiempos. Por su capacidad de negación de la realidad, tardó en aceptar el éxito del

nazismo y escapó a Bulgaria por los pelos. El destierro fue calamitoso y aquella alegría nunca volvió. “La vida es como un bumerán” fue uno de sus mantras finales.

Tú no eres como otras madres revive los años anteriores al inicio de *Hombres*, donde la escritora ya está exiliada cuando arranca la historia. Está empezando a dejar atrás su infancia, aunque tanto su mente como su cuerpo se resisten a entrar en la adolescencia. “Siempre fue una niña complicada” es la explicación que ofrece su madre a las personas que se extrañan de su comportamiento.

Aquí su voz ya es en primera persona y en su relato ahonda en las anécdotas que aparecen de forma secundaria en la biografía de su madre, que en esta ocasión aparece como un personaje secundario, aunque importante. Schrobsdorff no siente compasión por ninguna de las protagonistas de los libros (su madre y ella misma). Las disecciona sin piedad y acusa sus peores defectos. Los dos son sumamente egoístas, y aunque ese rasgo fuese producto de las circunstancias, no las justifica.

Para ella, su peor pecado es el uso de la admiración y deseo que provoca en los hombres —de ahí el título— para conseguir lo que quiere. Bien sea una comida en un lujoso restaurante en los tiempos de escasez de Bulgaria o protección ante el régimen comunista por parte de los estadounidenses, su atractivo es su herramienta y la atención masculina su alimento. “Volvía a repetirse aquel sentimiento en mi interior, se asemejaba a la embriaguez y hacía que mi corazón latiese con más fuerza. El valioso sentimiento de sentirse poderosa”, escribió.

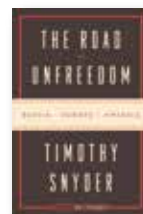
Solo las perdona cuando, por fin, toman conciencia del daño que han hecho a sus seres queridos por creerse el centro del universo, aunque no se lamenten del todo (su egocentrismo

no les había venido mal). Else lo resumió bien en unas de sus últimas palabras: “Yo solo veo mis errores y nada, absolutamente nada, en lo que pueda sostenerme, de lo que pueda decir que estuvo bien y fue decente. No obstante, a veces ni siquiera me arrepiento. Fue, a pesar de todo, bello.” —

CARMEN LÓPEZ es periodista.

ENSAYO

Manual contra las nuevas tiranías



Timothy Snyder
THE ROAD TO UNFREEDOM: RUSSIA, EUROPE, AMERICA
Nueva York, Tim Duggan Books, 2018, 368 pp.

RAFAEL ROJAS

Timothy Snyder, profesor de historia de la Universidad de Yale, publicó en 2017 un manual titulado *Sobre la tiranía*, en el que sintetizó la experiencia política del pasado siglo en veinte lecciones. Algunas, como la “creencia en la verdad”, el “cuidado del lenguaje” o la necesidad de no confundir el patriotismo cívico con cualquier tipo de nacionalismo esencialista, pudieron ser también lecciones del siglo xix, que las primeras generaciones del xx no tuvieron en cuenta. Pero otras, como la defensa de las instituciones de la democracia, el rechazo a regímenes de partido único, la eliminación de estructuras paramilitares o la convicción de que no hay, dentro de una nación, algo realmente excepcional o que no tenga equivalentes en otros países del mundo, provenían de los

totalitarismos del siglo xx y de los momentos más autoritarios de las democracias occidentales durante la Guerra Fría.

En su nuevo libro, Snyder, que ha dedicado la mayor parte de su obra al estudio de Europa del Este en los siglos xix y xx, se coloca frente a las dos primeras décadas del siglo xxi. Dos décadas que, en la relación entre las dos Europas, la oriental y la occidental, están marcadas de manera inevitable por el único líder que las abarca en su totalidad: Vladímir Putin. En Estados Unidos, pasaron Bill Clinton, George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump; en Gran Bretaña, Tony Blair, Gordon Brown, David Cameron y Theresa May; en Francia, Jacques Chirac, Nicolas Sarkozy, François Hollande y Emmanuel Macron; en Alemania, Gerhard Schröder y Angela Merkel. Pero en Rusia, desde 1999, siempre ha estado Putin, como presidente o primer ministro.

De sus estudios de los dos últimos siglos, Snyder extrae la premisa convincente de que en la frontera de ambas Europas se juega la suerte del mundo. Fue en esa frontera donde se iniciaron y concluyeron la primera y la segunda guerras mundiales y la Guerra Fría, y donde hoy se están armando algunos de los regímenes políticos que más claramente desafían el orden democrático y los equilibrios geopolíticos de la globalización. Hay un fatalismo moderado en el enfoque de Snyder, que parte de la posibilidad de que la historia se repita secularmente, y que el rearme autoritario del Estado, que observamos en Rusia y algunos países de Europa del Este, se extiende a Europa y a Estados Unidos, y, si bien no destruya la democracia, la redefine en términos oligárquicos.

Snyder no piensa que el proyecto de Putin estuviera formulado desde

un inicio, cuando se convirtió en el sucesor de Borís Yeltsin a fines de los noventa. Los orígenes del nuevo modelo autoritario —lo que los rusos llaman *rokirovka* o enroque, como la jugada de ajedrez— se encuentran, a su juicio, en la presidencia de Dmitri Medvédev entre 2008 y 2012. Entonces se produjo una reforma de la Constitución de 1993, que extendió la presidencia de cuatro a seis años, y eliminó la imposibilidad de que un candidato se presente por tercera o cuarta vez a las elecciones presidenciales. Aquellas reformas tuvieron, además, un impacto en la legislación electoral y el sistema de partidos, que aseguró a Rusia Unida, la organización de Putin y Medvédev, una consistente mayoría tanto en las elecciones legislativas como en las presidenciales.

Pero como bien puntualiza Snyder, la nueva modalidad autoritaria rusa no se limita al reeleccionismo presidencial, el amarre electoral de un partido hegemónico o la estigmatización y represión sistemáticas de grupos opositores y de la sociedad civil. El giro de los últimos años refleja una torsión discursiva de la mayor importancia y que ha sido subestimada por el liberalismo occidental, demasiado absorto, todavía, en los tópicos triunfalistas del fin de la historia y el ocaso de las ideologías. Lo que ha sucedido con Putin en Rusia y el ascenso de los nacionalismos euro-orientales y las nuevas derechas occidentales es lo contrario: un regreso de la historia, una vuelta a las ideas originarias de los nacionalismos del siglo xix.

Si, en los años posteriores a la caída del Muro de Berlín, Francis Fukuyama se apoyó en un hegeliano ruso de izquierda, Alexandre Kojève, para sostener el llamado “fin de la historia” como consecuencia del desplome de la alternativa

comunista al liberalismo, en la segunda década del siglo xxi, Putin y sus ideólogos echan mano de otro hegeliano ruso, pero de la derecha fascista de entreguerras: Iván Ilyin. Este aristócrata moscovita fue uno de los filósofos rusos expulsados por Lenin en 1922, en el buque alemán *Preussen*, que establecieron residencia en Europa. Ilyin se fue a Berlín, donde había estudiado de joven, y a fines de los treinta se trasladó a Suiza, no por diferencias con el fascismo, ya que su admiración por Mussolini y Hitler permaneció incólume.

Ilyin fue un monarquista y paneslavista que, apegado a la filosofía de la historia de Hegel, pensaba que el Estado era un instrumento de la idea absoluta de la cristiandad. El rol providencial que, según Hegel, había jugado el Sacro Imperio Romano Germánico hasta el siglo xix debía ser asumido por Rusia en el siglo xx: “Dios era ruso.” La revolución comunista, a su juicio, había sido resultado de la corrupción, la decadencia y el cosmopolitismo del reinado de Nicolás II. La monarquía de los Románov perdió el sentido de la ley y del interés nacional de la gran Rusia y acabó siendo víctima de la voracidad occidental y del naciente comunismo mundial. En sus ensayos sobre Rusia, Ilyin proponía un regreso a la idea cristiana de nación por medio de una nueva legalidad imperial, que preservara la hegemonía de Moscú en el mundo eslavo.

Durante el segundo término de Putin, en 2006, cuando sus relaciones con el gobierno de George W. Bush pasaban por su mejor momento, el Ministerio de Cultura ruso compró los papeles de Ilyin, depositados en la Universidad de Michigan, y reeditó la obra fundamental del filósofo de derechas. Los discursos del líder ruso ante la

Duma del Estado comenzaron a llenarse de citas del filósofo fascista, en cuya obra parecía encontrar la respuesta al porqué de la fatídica desintegración de la URSS en 1991, que había puesto a Moscú en desventaja frente a las grandes naciones occidentales. Luego de la reforma constitucional de 2008 y, especialmente, luego de su regreso a la presidencia en 2012, el Kremlin estaría listo para recuperar su poder territorial y mundial.

Snyder describe el proyecto de Putin como la voluntad de hacer renacer un imperio, en contra de una vieja tradición intelectual que, desde Edward Gibbon en el siglo XVIII hasta Jean-Baptiste Duroselle en el XX, supuso inevitable el ocaso de las grandes potencias. Las fronteras de la “gran Rusia” iban de los Cárpatos hasta Kamchatka, por lo que Bielorrusia y Ucrania nunca debieron separarse de Moscú. En 2013, Putin inició un forcejeo con la Unión Europea, en un inicio por Siria, que a través de una precisa cadena de golpes y contragolpes desembocó en 2014 en la anexión de Crimea. A fines del año anterior, había estallado una revolución contra el presidente ucraniano Víktor Yanukóvich, aliado de Putin, y el candidato proeuropeo Petró Poroshenko se perfilaba como favorito. Tras el triunfo de Poroshenko

en 2014, la anexión del territorio ucraniano fue el mayor desafío de Putin a Europa y Estados Unidos.

El objetivo siguiente de Putin, según Snyder, fue Estados Unidos. El acuerdo nuclear con Irán y el combate al terrorismo en Siria fueron dos objetivos compartidos con Barack Obama, que Putin supo aprovechar a cambio de incrementar su respaldo a los nacionalismos de Europa del Este y a nuevos autoritarismos como el de Recep Tayyip Erdogan en Turquía. A la vez, como relata este libro, Putin inició una estrategia de intervención sostenida en procesos electorales europeos, que pasó por el Brexit británico y el apoyo a Marine Le Pen en Francia, y desembocó en toda una operación para desfavorecer a Hillary Clinton en las elecciones de Estados Unidos en 2016.

No dice nada Snyder sobre la activa política de Putin y su canciller Serguéi Lavrov en América Latina, en especial, en algunos países miembros del eje bolivariano, como Cuba, Venezuela, Bolivia y Nicaragua. Pero es evidente que esa zona, al igual que el Medio Oriente, también forma parte de la gran estrategia de reconstitución hegemónica de Rusia en el siglo XXI. Es significativo que, mientras en Europa y Estados Unidos el mensaje de Putin sobre la decadencia de la democracia liberal atrae a la derecha conservadora, en América Latina despierta el entusiasmo de las izquierdas herederas de Fidel Castro y Hugo Chávez. El antiliberalismo une a unos y otros en la misma resistencia autoritaria a la forma democrática de gobierno. —

RAFAEL ROJAS (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Acaba de publicar *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (Taurus).

NOVELA

Cómo comportarse en la era global



Camille Bordas
CÓMO COMPORTARSE EN LA MULTITUD
Traducción de Carlos Jiménez Arribas
Barcelona, Malpaso, 2017, 288 pp.

ANTONIO DÍAZ OLIVA

En *The fall of language in the age of English* la autora japonesa Minae Mizumura explora el riesgoso predominio del inglés en la era global: “ya no es una lengua nacional —asegura— y por lo tanto los textos escritos en ese idioma ya no son literaturas nacionales”. De alguna manera, Camille Bordas (Lyon, 1987) es, a la vez, una autora sintomática y no de los alegatos que Mizumura dispara contra la hegemonía anglo. Su novela *Cómo comportarse en la multitud* está escrita en inglés, pese a que es una autora francesa, que creció hablando español (su segunda lengua materna) y que vive en Chicago desde el 2012. Además, escribió sus dos novelas anteriores —*Les treize desserts* y *Partie commune*— en su primera lengua materna, el francés.

Y hay más: si uno rastrea las raíces de Bordas se entera de que su abuelo fue un histórico comunista español que sufrió la represión franquista y se exilió en Francia; que uno de sus tíos es José Córdoba Montoya, personaje poderoso durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari en México; y que su madre, Marie Córdoba, es profesora en la Universidad de París y experta en Elena Poniatowska. Frente a una biografía cruzada por diferentes idiomas y culturas, lo más llamativo



de Bordas es que haya escrito en inglés una novela que se resiste de manera abierta a lo universal. En otras palabras: estamos frente a una obra que puede leerse como comentario de una época en la que ser global es igual a perderse (¿homogeneizarse?) en una multitud.

Casi toda la trama sucede en un pequeño pueblo sin nombre, donde viven los Mazal, una familia de clase media alta y producto de la sociedad francesa ilustrada y laica. Así es como conocemos a Isidore Mazal (a veces Dory o Izzie), un niño de once años que va a la escuela y se relaciona con una compañera de tendencias suicidas llamada Denise, conversa con sus hermanos y hermanas, lee libros una buena parte del tiempo, intenta aprender alemán, opina sobre programas de televisión y habla con Daphné Marlotte, mujer de ciento once años, quien durante la historia se convierte en la persona más longeva de toda Francia y le confiesa a Dory: “El miedo a la muerte es el único temor que una no deja atrás conforme se va haciendo vieja.”

Los Mazal son una familia protópicamente anormal, muy en sintonía con los Glass de Salinger o los Buddenbrook de Mann; es decir, una familia con niños y adolescentes que saben más del mundo gracias a libros y películas que por jugar al aire libre. Ahí está Berenice, de veinticuatro años, quien prepara la defensa de su tesis doctoral en París; lo mismo Aurore y Leonard, ambos jóvenes doctorandos; el otro hermano, Jeremie, estudia una maestría en composición musical; y por último Simone, la compañera de cuarto de Izzie, está varios grados adelantada en el instituto gracias a su desbordada y exasperante inteligencia.

No hay mucho que decir en cuanto a trama: *Cómo comportarse en la multitud* nos muestra la vida de Dory

a lo largo de tres años, durante los cuales sucede una tragedia familiar. Esta es una novela de conversaciones y paseos; o sea, una novela francesa. De hecho, impresiona el abanico de temas que Dory toca —a veces de manera casual y a veces un poco forzada—, en sus pláticas con sus hermanos o con sus compañeros de clases. Así, puede que en algunos pasajes se note el trasfondo francés de Bordas: Dory, por momentos, es un pequeño existencialista de pueblo, ya sea cuando habla de literatura (“Quería que le diera la razón cuando dijo que don Quijote era impotente, que por eso era tan melancólico y veía molinos, según ella, símbolos de penes erectos, que parecían gigantes”), sobre cómo controlar pulsiones libidinales (“Es cierto que pensaba mucho en el sexo, no voy a mentir, pero también pensaba bastante en la muerte y en que era completamente imposible saber si el resto de la gente pensaba en el sexo y en la muerte tanto como yo”), o hasta en temas como filosofía y búsqueda personal (“Simone decía que algunas personas necesitaban refugiarse en el pasado y recordar a todas horas cuánto habían perdido, porque así lograban un asomo de vida interior”).

La de Bordas es una novela sin mucha estridencia. La autora limita su narración a una sola perspectiva de la realidad, y es posible que para algunos se acerque demasiado a la estética Wes Anderson (y sus familias con niños superdotados, como en *Academia Rushmore* o *Los Tenenbaums*). Pese a eso la voz de Dory es infantil sin ser infantiloides, más cercana a lo femenino que a lo masculino y profundamente empática y curiosa. Sin ir más lejos, los otros Mazal —hermanos y hermanas de Dory, la mayoría inmersos en sus estudios doctorales— sirven

para balancear la trama. “A veces tengo la sensación de que he criado una camada de misántropos”, les reprocha su madre. “Sois todos unos intolerantes que solo levantan la cabeza del libro para criticar al resto del mundo.” Lo cual es cierto: las conversaciones entre los Mazal son uno de los aciertos de este libro. Deleita leer cómo Bordas pone a interactuar, sin que el lector se confunda, a una gran cantidad de diferentes personajes y que cada uno tenga una vida interior, y que algo de esa vida interior salga a relucir, pese a que observamos todo desde el punto de vista de Dory.

Es curioso que una novela con un trasfondo global —de nuevo: una autora francesa con raíces españolas que escribe en inglés— se pueda leer como un mensaje encubierto sobre cómo comportarse en la era global. Pese a estar rodeado de gente, Dory termina por experimentar la soledad característica de los tiempos hiperconectados. Puede que no sea casualidad que estemos frente a una historia anterior a internet (de hecho, recién pasada la mitad de la novela llega una computadora a la casa de los Mazal), en la que los personajes tienen que abrir libros si quieren saber algo, o en la que hablar por teléfono (y no usarlo para textear) era lo normal. “Si fuera yo tu consejera”, dice Simone, “ilegalizaría los comentarios en internet. Creo que la gente habla más de lo que debería”. Y más adelante Aurore, otra hermana de Dory, afirma: “Internet da por descontado que sabes exactamente lo que buscas y yo no sé qué estoy buscando y mucho menos dónde buscarlo.”

Para Mizumura uno de los peligros de la supremacía anglo es que es fácil alcanzar mayores audiencias si se escribe en la lengua franca de la globalización. Es cierto que

en el caso de *Cómo comportarse en la multitud* Bordas escribe en inglés (aunque nosotros la leemos en una traducción peninsular), pero a primeras no parece hacerlo para participar en el gran mercado literario global, ese que a ratos homogeneiza la literatura, sino para presentarnos una historia mínima, local y que desborda empatía. —

ANTONIO DÍAZ OLIVA (Temuco, Chile, 1985) es escritor. En 2016 publicó *La experiencia formativa* (Patagonia).



NOVELA

Secretos de familia y amores imposibles



Lucía Ramis
LAS POSESIONES
Barcelona, Libros del Asteroide, 2018, 262 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

A lo que en Cataluña se llama masía, en Euskadi caserío y en Andalucía cortijo, se llama *posesió* en Mallorca. De ahí el título de la cuarta novela de Lucía Ramis (Palma de Mallorca, 1977), *Las posesiones*, cuya versión en catalán obtuvo el premio de novela en catalán de Anagrama, un libro en el que los lugares y las casas son importantes no tanto en sí mismos como por lo que significan para algunos de los personajes. Para la narradora, trasunto de la escritora, por ejemplo, la casa de sus abuelos encierra su infancia y su paraíso perdido; para su padre, otra posesión en la que nunca vivió será el desencadenante de su alteración mental.

Las posesiones es una novela ambiciosa en cuanto a los temas que

abarca: están las relaciones familiares y amorosas, los secretos, la memoria íntima y cómo construimos quiénes somos, pero también la inestabilidad laboral de los que empezaron siendo “hijos de la Transición” para descubrirse “hijos de la corrupción”, la pasión por el periodismo y las vicisitudes del oficio, la literatura, internet y las redes sociales. Es una novela abarcadora pero no abrumadora: todo eso está en el cerebro de la narradora en un continuum, como si Ramis estuviera diciendo que nadie es una sola cosa sino la suma de muchas. El logro está en la voz, reconocible en otros libros de la escritora y periodista mallorquina, sobre todo en el anterior, *Todo lo que una tarde murió con las bicicletas* (Libros del Asteroide, 2013). Es esa voz la que permite los saltos temporales que van de su adolescencia hasta el presente, con alguna estampa de la infancia.

La novela, situada en 2007, justo antes de que todo estallara, se abre en 1993 con una estampa familiar perturbada por la noticia que da la televisión: en Madrid un hombre ha matado a su mujer y a su hijo y después se ha suicidado. Ese hombre era el exsocio del abuelo de la narradora. Como en *El adversario*, de Carrère, cuya sombra planea por esta novela, el asesino lo ha hecho para encubrir una vergüenza: en este caso, la estafa y la malversación. El libro está dividido en tres partes. La primera está centrada en el padre de la narradora, que está pasando una mala racha y tiene tan preocupada a su hija que viaja a Mallorca desde Barcelona para comprobar que todo está bien. En la segunda parte se desarrolla la historia del abuelo y del socio. La sombra del delito persiguió durante años al abuelo belga de la narradora —al que los lectores de Ramis

recordarán de su anterior novela—: ¿cómo es posible que él, que era el presidente de la empresa, no supiera nada de los chanchullos de su socio? Pero al mismo tiempo ¿cómo es posible que su abuelo, el padre de su madre, malversara? En la tercera se dispara la acción a través de la aparición de un anónimo que envía correos electrónicos a la narradora y le recuerda el secreto que oculta su familia: ella decide investigar y hacer algo así como un retrato del chico asesinado por el socio de su abuelo, que tenía su edad. Hay un añadido a modo de epílogo, “El olvido”, donde cierra algunas de las tramas, pero sobre todo explica la necesidad de saber qué fue de lo que fue nuestro. Además, hay dos temas que atraviesan toda la novela: el amor y el periodismo (a veces, la escritura). La narradora habla de dos amores con dos periodistas: uno mayor, consagrado y al que admira, uno joven, compañero suyo de periódico, con el que vive. El primero es una aventura apasionada condenada al fracaso, el segundo la salva del primero y pretende ser un amor calmado, basado en la complicidad. Quizá sea el periodismo, esa curiosidad por todo, lo que sirve de argamasa en esta novela en la que pasan tantas cosas y en la que también se piensa sobre el mundo de hoy. Ramis, como buena periodista, tiene un talento especial para dar con algunos de los temas que importan y nos definen. Cuando escribe una carta imaginaria en respuesta a quienes mandan mensajes a escritores y dice: “[...] creen merecer más de lo que tienen, se convencer de que tampoco piden tanto, cuando en realidad lo quieren todo menos problemas. Y si no lo consiguen, la culpa es siempre de los demás: banderas, políticos,

el heteropatriarcado, el capitalismo, el pasado, el sistema. Hay que posicionarse, luchar por la libertad, sea cual sea. Pero sin cansarse. Somos testigos del fin del mundo sin darnos cuenta”. Está hablando de su generación. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



ENSAYO

Todo esto es lo que hace tiempo me dijeron a mí



Ismael Grasa
LA HAZAÑA SECRETA
Madrid, Turner, 2018,
96 pp.

RICARDO DUDDA

Ismael Grasa no es un filósofo conservador, pero su nuevo libro recuerda a ratos a Michael Oakeshott, el pensador conservador británico. Es una guía para la vida, y una defensa de la herencia cultural, como la entendían Oakeshott, Burke o Scruton, muy críticos con el adanismo: podemos aprender de lo que ha funcionado antes, no somos los primeros en vivir. Por eso Grasa escribe: “Nada hay de original en las ideas que he expresado, son cosas que me dijeron o que he aprendido de otros.” *La hazaña secreta* no es un libro de autoayuda, pero tiene lecciones útiles y bellas. Es una defensa de lo cotidiano, de los pequeños placeres, de las costumbres y los rituales. Pero no cae en el cliché de la revolución de lo cotidiano, de

que todo lo personal es político. Muestra siempre cautelas liberales, una defensa del individuo y de la vida privada, y no cree en proyectos absolutos de crear un “nuevo hombre”: “Nuestra revolución, en todo caso, consiste más en cambiar las estructuras desde las personas que las personas desde las estructuras.”

Grasa encuentra profundidad en la levedad, en lo sencillo: “Las cosas son sencillas, y la verdadera inteligencia es una complejidad que no pierde de vista esa sencillez.” Propone una ética laica, y reniega del pensamiento mágico y el misticismo: “La eternidad de un peral es dar una pera.” Escribe con solemnidad pero siempre desde una distancia irónica, consciente de la contingencia del individuo: “Existe lo que uno hace a lo largo de un día. Son cosas que están a la vida, sonidos a los que damos lugar y objetos que movemos con las manos. Esa superficie es nuestra dimensión. No se debe esperar la revelación de un ultramundo, porque lo hondo es el café que hemos preparado, la manera de despedirnos al salir de casa.”

Grasa, que es profesor de filosofía de instituto y ha escrito novelas, relatos y ensayos (obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa en 2007), coge temas sencillos y antiguos pero siempre aporta algo fresco y original. No cae en la postura del escritor atrapado en su transgresión, falsamente *contrarian*, que identifica tabúes y se regodea en romperlos. Grasa, cuando va contra la corriente, lo hace con naturalidad y humildad. Cuando defiende la duda también critica la duda metódica y el escepticismo absolutista, que puede conducir al cinismo; cuando defiende la autonomía del individuo no cae en la

crítica fácil y a menudo arrogante a la masa: “Quien habla de las masas o de *la gente* en un sentido despectivo, está lejos de incluirse a sí mismo en aquellos conceptos. Por eso las masas siempre son los otros. No debería ser ese nuestro pensamiento, y, puestos a elegir, es preferible ser ese *los otros* que quien señala hacia ellos con un plural.” Siempre todo tiene sus matices, pero no se deja llevar por el relativismo cínico de quien piensa que no hay valores a los que agarrarse, ni verdad sobre la que basarse.

La hazaña secreta es un libro de ética privada, de modales públicos y de filosofía mundana, y en cierto modo estoica. Está repleto de citas, de pensadores internacionales como Popper, Hitchens, Ginzburg, Aristóteles, pero también de autores cercanos como Cristina Grande, Mariano Gistaín o Félix Romeo. Esas citas las combina con consejos como hacer la cama (aunque sea para sentarse en ella y no hacer nada), pasear por la ciudad, limpiarse los zapatos, visitar papelerías y tener una agenda y libretas, conservar siempre una mesa limpia y preparada para escribir, aunque luego uno nunca escriba nada... A veces recuerda a una guía de urbanidad y protocolo, un poco anticuada y aristócrata, pero que nunca se queda en lo frívolo o superficial. Grasa lucha contra el cinismo y defiende una ética de la gratuidad, cotidiana y sencilla, irónica y liberal. *La hazaña secreta* es un libro breve y emocionante. Consigue transmitir una sensación de placidez sin artificios, y siento que la voz de su autor me ha hablado directamente a mí. —

RICARDO DUDDA (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.